

Cumpleaños

De Gustavo Vignera – www.gustavovignera.com

Me desperté esperando que mi marido ya tuviera el desayuno listo con ese café que tanto me gusta y porque no, con algunas medialunas de manteca que sin duda había ido a buscar un rato antes a mi panadería preferida para tenerlas calentitas. Me pegué una ducha, ilusionada que Carlos irrumpiera en el baño y tuviéramos un encuentro sorpresivo y amoroso bajo el agua que caía con fuerza sobre mi cara mientras me enjabonaba. Me sequé, pero no quise secarme el pelo para no perder tiempo, me puse una bata de seda, que me queda divina y baje las escaleras. Estaba segura que Carlos me estaría esperando. Cuando llegué a la cocina, no había nadie, no había café, no había medialunas, no había nada, solo un montón de platos sucios que sin duda habían dejado mis hijos la noche anterior cuando llegaron de la facultad. Miré por la ventana para ver si estaba el auto, pero era más que evidente que Carlos ya se había ido. Tuve la intención de llamarlo al celular para recordarle el aniversario de mi natalicio pero preferí aguantar mis ganas, seguramente tendría una sorpresa para más tarde y no quería estropearla. Quizás estaría pensando en llevarme a cenar o quizás pasar una tarde de SPA en esos hoteles que tanto me gustan. La empleada tampoco había llegado, aunque me resistí a empezar el día de mi cumpleaños fregando platos, fue más fuerte que yo y lo hice bastante rápido para no quedarme con ese sentimiento negativo que tantas veces en las clases de yoga me había indicado. Esperaba que Mariana y Jorgito bajaran con algún regalito, quizás tuvieran algún ramo de flores o bombones escondidos en el garaje, pero al parecer se habrían quedado hasta tarde estudiando ya que eran más de las nueve y media y nadie había bajado. Sin darme cuenta crucé mis ojos con el teléfono inalámbrico que tengo al lado del microondas. Me pregunté “¿Cómo es que todavía no me ha llamado ninguna de mis amigas?, ¿Ni Lilita, que siempre es la primera en llamarme todos los años, ni Claudia que siempre me llama por cualquier pavada o Beatriz

que parece una corresponsal de guerra poniéndome al tanto de cada separación, infidelidad u aventura amorosa de cualquiera de nuestras amigas del club y alrededores?”. Miré el reloj que me había regalado Carlos el año pasado tratando de validar su notación con el reloj de la cocina y pude advertir que las cuatro manecillas estaban exactamente ubicadas. La congoja estaba invadiendo mi alma. Mi marido, mi madre, mis hijos y mis mejores amigas se habían olvidado de mí, nadie había caído en la cuenta que estaba ingresando en las cuatro décadas como dice el pelotudo de Arjona y yo sola ahí mirando la nada en mi día de cumpleaños. Puse a hervir el agua, pensé que unos mates me darían un poco más de tiempo para que alguien en este inmundo planeta cayera en la cuenta de que yo existía y merecía un pequeño gesto de ternura y reconocimiento. Fui hasta la computadora con mi mate en mano, esperando que uno de mis trescientos cincuenta amigos me hubiera dedicado un simple “Feliz cumpleaños” en mi muro. Eso solo hubiese sido un pequeño ungüento para un corazón que estaba completamente destrozado. Nada había escrito en mi Facebook, solo había un estúpido post de mi amiga Claudia con una frase de Cohelo de hacía una semana donde me había etiquetado. Por un momento pensé si todo el mundo se había puesto en mi contra, o si todos se habían vuelto locos y se habían complotado para hacerme un vacío, un boicot, una especie de segregación, bullying o discriminación. Pero instantáneamente pensé, porque no podía ser que el problema fuera yo, que había olvidado a tanta gente por tanto tiempo, que me había olvidado tantas veces de los cumpleaños de los demás, que había dejado de llamar a muchos de mis amigos y parientes por el solo hecho de que aburrían sus historias, pensé en cuantas veces me había puesto como eje del universo, donde todo lo que pasaba, si no tenía nada que ver conmigo no tenía ningún valor o importancia. Pensé en las veces que alguna persona con un bebé en brazos me suplicaba por una limosna y yo miraba para otro lado ignorándola por completo. Pensé en las veces que me habían llamado para hacer una acción solidaria y siempre tenía una mejor opción para ocupar mi tiempo.

Pensé en las veces que en los semáforos los negritos me querían limpiar el parabrisas del auto que me había regalado Carlos y los sacaba carpiendo antes de que esa inmundicia agua jabonosa pudiese tocar mi impecable vidrio. Pensé que siempre había sido yo y nada más que yo y que el resto eran unos simples satélites que servían para alumbrar mi existencia y sentí por primera vez en mi vida que debía hacer un cambio. Tocaron el timbre, mis pulmones se llenaron de aire, saqué pecho, intuí que sin duda era el cadete de la florería así que abrí la puerta con mucho entusiasmo. Pero no, no era el de la florería, era el diariero que me traía el periódico como todo los lunes. Miré los titulares y ví la mugre de la política, el crimen organizado, el avance del narcotráfico, el alza de los precios y la muerte del policía de turno, pero nada de eso me importaba. También pude leer sobre la primera hoja el pronóstico del tiempo, la mínima y la máxima y también que estaría lloviendo por la tarde, aunque para mí... ya estaba lloviendo en mi corazón, también leí aterrada que ya habíamos entrado en el primer día de marzo y el alma me volvió al cuerpo. Pensé una y otra vez. “¿a quien se le ocurre nacer un veintinueve de febrero?”.

Fin